

La Ciudad de las Murallas Invisibles

Ricardo Mendoza Rademacher
Museo de Sitio Castillo de Niebla (DIBAM / MINEDUC), Valdivia, Chile.

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes ya desmoronados ...

Portal

i En 1977 llegué de regreso al sur en que nací, después de vivir tres lustros en Chillán, 450 km al norte, cuya planta urbana era el clásico damero en torno a una plaza central y avenidas concéntricas. Me siguió, poco después, un amigo chillanejo con quien compartimos el amplio segundo piso de una casa antigua junto al río Calle-Calle, cerca del centro de Valdivia; trabajábamos en la universidad local. Él, en la diaria caminata al trabajo y si no íbamos juntos, solía extraviarse en trayectorias que a veces lo dejaban a 10 cuadras de su destino. Debió costarle más de un año de frecuentes atrasos y rabetas bajo la lluvia, habituarse a aquel parco laberinto de calles curvas, circulares y angulares de una ciudad cuya trama, para muchos visitantes, se tambalea entre el absurdo y el desorden.

Pero es una arbitrariedad aparente (y a otros, el damero chillanejo también les parece un laberinto, hecho de regularidad y semejanzas), porque la experiencia de habitar Valdivia muestra, a poco andar, un urbanismo adaptado a una topografía determinada por el agua que siempre cae o corre por todos sus lados y a lo largo del año, y que casi licúa, hasta hoy, sus escasos altozanos.

Como veremos, sus miserias y encantos actuales provienen del olvido de su historia y de la pérdida del sentido de lugar.

Un Poco de Historia y Escenografía

ii En 1544, Juan Bautista Pastene y Jerónimo de Alderete, enviados de Pedro de Valdivia, se adentran en dos pequeñas naves por el estuario de un río profundo y riberas cubiertas de árboles, entre montañas cuya riqueza en maderas harían exclamar a un maestro de campo «que será imposible acabarlas»¹ (entusiasmo que nuestros aplicados exportadores de madera y celulosa han reducido al ridículo). Avistan más ríos que aseguran un puerto con abundante agua dulce y materia prima para futuros armadores. Diez años después, Pedro de Valdivia funda su ciudad, a escasos 20 km del mar, y sobre una curva del río que los ainil, los mapuche-lafkenche que ocupaban sus riberas e islas, llamaban «Guadalauken» o «Ainil leufú» (río de las calabazas, o de los ainil). Traza su planta inicial sobre un bajo, corto e irregular promontorio que protegen unas lagunas interiores y el río; lo rodean, a poca distancia, los cerros de la Cordillera de la Costa, no tan altos como en los Andes, pero igualmente fragosos.

Hasta fines de ese algo desastrado siglo XVI, la ciudad se extiende a lo largo de las partes altas de la ribera y ostenta una prosperidad cercana al lujo y la ostentación, fundada en el oro de sus torrentes y montes; oro que fue el de más alta ley que se extrajo en América. Pero su valor y peso cayeron sobre las espaldas de los nativos del Guadalauken; medio siglo hubieron de soportar una innombrada

¹ Diego Florez de León, en un memorial de c. 1620.

esclavitud que, no obstante, nos aseguran los porfiados hechos registrados en las crónicas².

Una noche de diciembre de 1599, miles de ellos cayeron sobre el sueño de los pocos cientos de colonos; no más de veinte personas se salvarían de la muerte o el cautiverio y la ciudad quedaría abandonada a la lluvia y el avance de la selva por otro medio siglo. Pero no del todo: corsarios ingleses y holandeses ya merodeaban por sus costas.

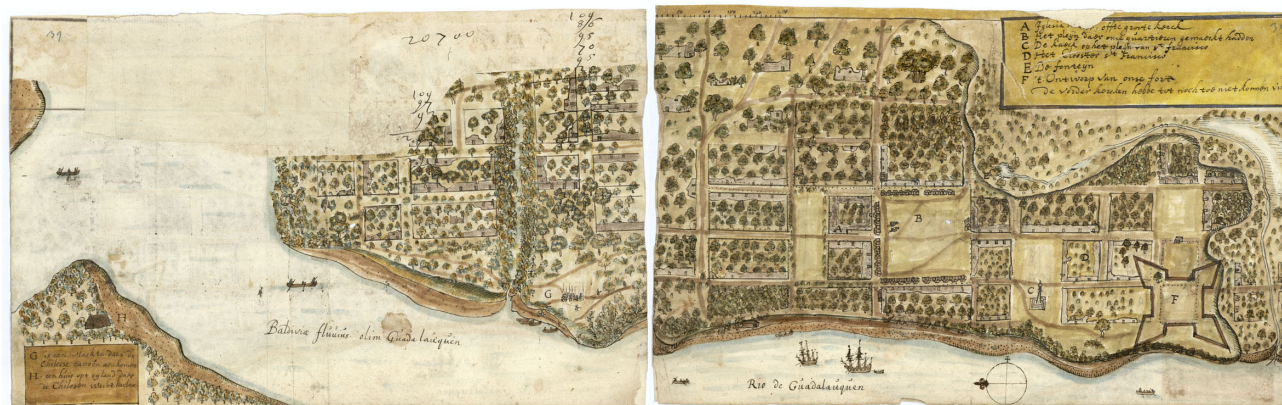


Ilustración: **Valdivia a Fines del Siglo XVI** (plano de las ruinas, dibujado por un miembro de la expedición de Hendrick Brouwer en 1643).

iii A mediados de 1643, la expedición de Hendrik Brouwer (muerto un poco antes en Chiloé), comandada por Elias Herckmans, instala un campamento sobre las ruinas de la antigua Valdivia; Herckmans construye un fuerte e intenta desarrollar una alianza con los naturales, contra el dominio español. Pero las preguntas frecuentes sobre el oro removieron el recuerdo reciente (¿qué son 40 años para la tradición oral?) de poco dorados trabajos y padecimientos. No hubo acuerdo³ y las naves de Herckmans abandonan la ciudad a fines del mismo año. Si de algo sirvió, fue de aviso al Virreinato y la península de lo cerca que andaba el enemigo de hacerse con la que era conocida como Llave del Perú o Antemural del Pacífico.

Así que en febrero de 1645, dos decenas de naves al mando de Antonio Sebastián, segundo Marqués de Mancera, hijo del Virrey Toledo, entran por el estuario y se instalan en la islita de Güiguacabín, después llamada de Mancera, y en pocos meses sientan las bases de un conjunto de 17 castillos, fuertes y baterías, que cerrarían durante 175 años el acceso a los meandros del solicitado río y a su famoso aunque ya inexistente oro. En 1647 inician la reconstrucción de la ciudad, sobre las ruinas todavía visibles entre la espesura.

Un tímido cuadrángulo diseñado por Constantino Vasconcelos, rematado por torres y atalayas, de no más de 300 metros en su lado mayor, fue la segunda traza de la Ciudad Real de Santa María la Blanca de Valdivia. En torno a él irían asentándose los nuevos colonos, tal vez aprovechando las viejas calles, los mismos solares y los ruinosos muros.

² Entre otros, Francisco Núñez de Pineda y Bascuñan, en su hermosa narración autobiográfica *El Cautiverio Feliz*, testifica a favor de sus captores y nos informa de los abusos y crueldades que recibían de los españoles.

³ Hasta Francisco de Quevedo, allá lejos en la península, registra con humor el suceso en uno de sus *Sueños*.

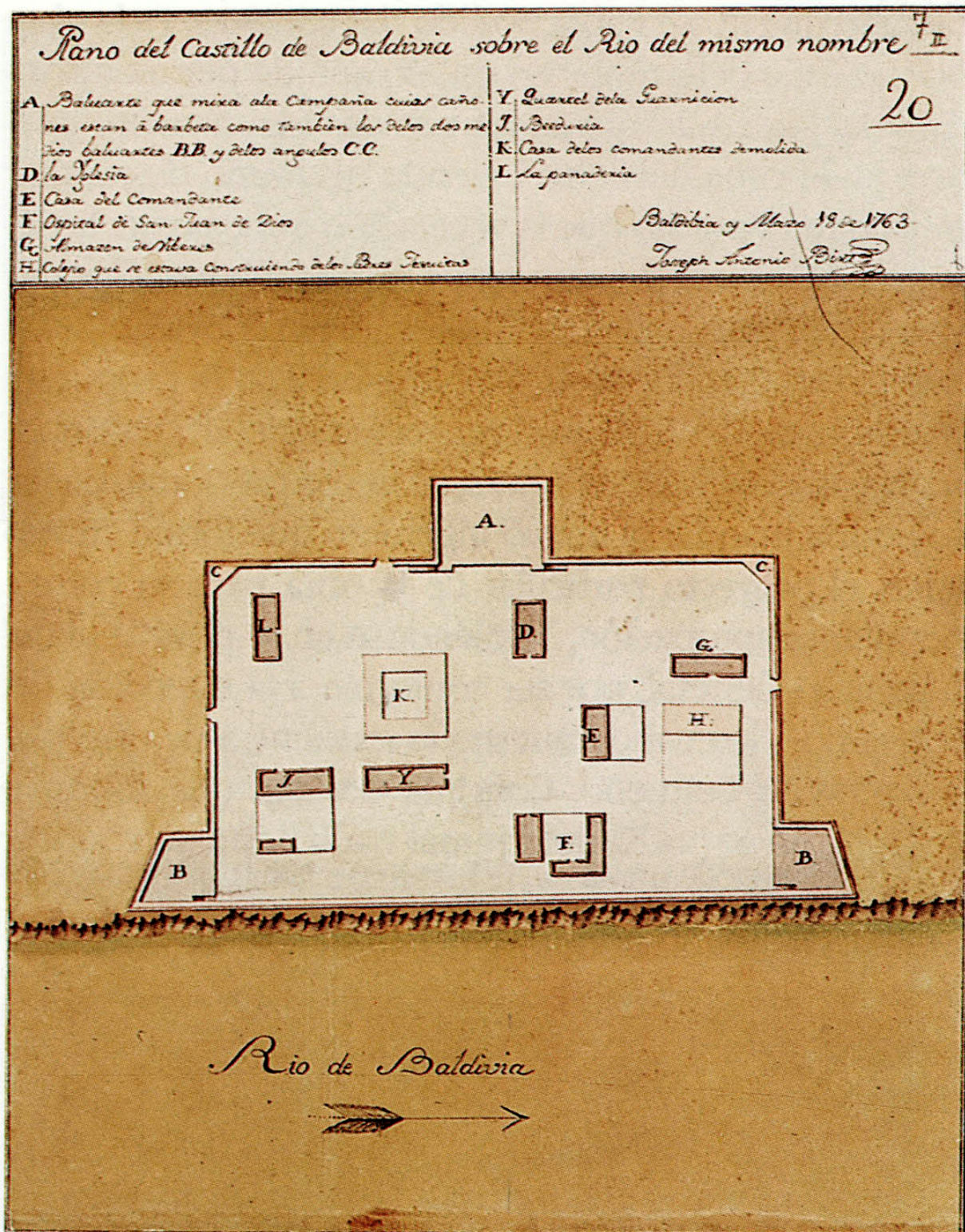


Ilustración: La Ciudad Diseñada por Constantino Vasconcelos en 1647 (plano dibujado por Joseph Antonio Birt en 1763).

iv El resto del siglo y otro más transcurrirían entre los sobresaltos de anunciadas visitas de piratas o corsarios (que nunca se atrevieron a desafiar a los cañones del estuario), y no anunciados y poco frecuentes levantamientos mapuche. Y éstos, por otro lado, las más de las veces no eran renuentes a una relativamente pacífica coexistencia y colaboración, sin la cuales la colonia, ciertamente, no hubiese sobrevivido; ni aunque las naves del Real Situado hubieran llegado más de una vez por año a un territorio, conviene decirlo, marcado por un invierno largo y extremadamente lluvioso, aunque no exento de sorpresivos soles que hasta en su más ínfima aparición de julio o agosto, convoca hasta hoy a estantes y visitas a las plazas y paseos ribereños.

El Real Situado, si no se hundía el barco en su periplo entre el Callao y Valdivia (Valdivia dependió de Lima hasta el segundo tercio del siglo XVIII), aseguraba las raciones anuales mínimas de munición de boca para la subsistencia, vestimentas y algunos dinerillos que mantenían activo un comercio que tuvo (y tiene) hartos que ver en los rumbos futuros de la ciudad.

Arraigó también un desgraciado hábito en la mentalidad social: esperar cada año el auxilio externo en metálico, víveres y ropas; aunque la eterna espera del Situado, que dura hasta hoy, no es materia de este trabajo.

v La ciudad fue creciendo poco a poco en torno a la ciudadela de 1647, siguiendo la curva del río y las sinuosidades del hualve⁴ o laguna de San Antonio, que la cierra por el oriente y el sur con bajos húmedos y los desaguaderos de los catricos⁵. Dos caminos la comunican hacia el sur y el interior, y el río –que nombran Calle-Calle y San Pedro en su curso medio y superior–, tolera la navegación en más de 40 km.

Más lejos y por ambas riberas, una continuidad de pantanos, esteros, ríos y una selva de grandes árboles, acordonan la ciudad con un cinturón de unos 2 a 5 kilómetros de ancho. Por el poniente, el oriente y el sur, los cerros se alzan hasta unos 800 m de altura.

En la segunda mitad del siglo XVIII, hacia 1760 y tantos, llega a la plaza el ingeniero Juan Garland y White, a cargo de las obras de reparación de los castillos. Como la población ya desbordaba ampliamente los límites de la ciudadela de Vasconcelos, el gobernador Espinoza Dávalos pide a Garland el diseño de dos torreones de vigilancia en las salidas de la población. Terminados antes de 1780, pocos años después sirven de hitos y remate de un muro que otro ingeniero, Antonio Duce, construye como defensa y consolidación de la ciudad, siguiendo los bordes del hualve, límite natural de la ya extensa población, cercana por entonces a un par de miles de habitantes.

⁴ Palabra mapuche para los pantanos.

⁵ También del mapuche; nombre de cauces semisubterráneos intermitentes que, aliados a los dos y medio metros anuales de lluvia, siguen inundando los llamados Barrios Bajos, al sur del casco central.

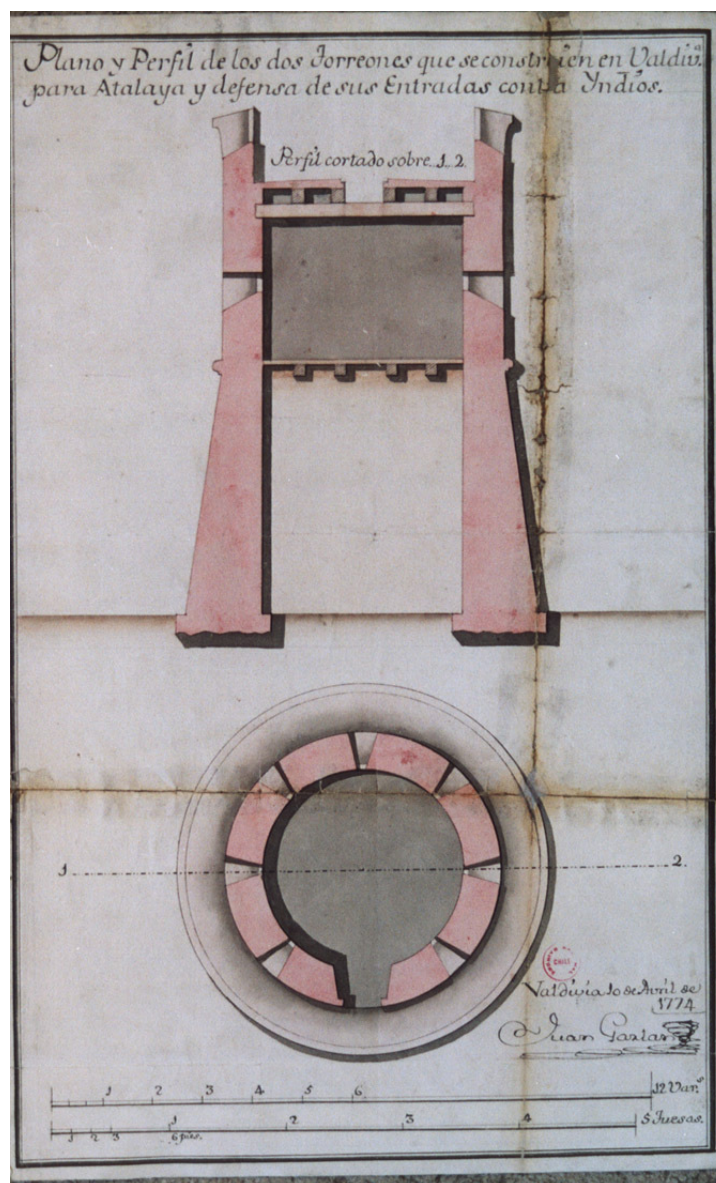


Ilustración: **Los Torreones de Valdivia** (plano de Juan Garland, 1774).

vi Un mediodía de febrero de 1820, un lejano estruendo de cañones anunció la avanzada de Lord Thomas Cochrane. Después del sopor de 175 años de inacción, los castillos habían caído en cuestión de horas bajo un empuje que no debió ser sólo el de las disciplinadas tropas libertadoras, sino la ventolera de otro siglo y un violento cambio de rumbo.

Aunque Valdivia, luego de algunos vaivenes casi irrisorios, volverá a su sopor colonial –tal vez acrecentado por el abandono y la lejanía de la capital, ahora más graves que cuando dependía de Lima–, del que no saldrá hasta 30 ó 40 años después, cuando la Segunda Colonia, la inmigración alemana, la sacudan y desperecen para enfrentar su historia contemporánea y el breve momento de fulgor que vivirá entre fines del siglo XIX y principios del XX.

El Devenir de los Muros

vii ¿Qué fue, mientras tanto, de los muros de la patria mía? La ciudadela de Vasconcelos era al principio una empalizada de fajinas o tepes⁶, que varió lentamente a una más sólida materialidad de piedra y maderas mejor ajustadas. Unas veces la falta de recursos, otras los aguaceros pesados y frecuentes, uno que otro terremoto y su ulterior riñihuazo⁷, la tuvieron literalmente por los suelos más de una vez. En su última etapa, tuvo buenos muros de sólida cantería y –como muestra un plano de Joseph Antonio Birt de 1763–, una gran puerta principal hacia oriente y otra hacia el sur, dos torres y artillería en cada ángulo; albergaba todos los edificios públicos y parte de la población.

En 1790 ó 1791 la población se había extendido varias cuadras más allá de sus muros, y Antonio Duce ya había concluido su «cerca» de defensa entre torreón y torreón, reconociendo esa extensión y fijando unos más dilatados límites a Ciudad Real de Valdivia⁸. Ese año o el de 1792, inaugurando sin saberlo una secular manía destructiva, el Cabildo acuerda demoler los muros de Vasconcelos. Un año después, la orden se ejecuta.

Sólo el paño paralelo al río perdurará hasta mediados del siglo XIX. Paul Treutler, un alemán curioso y observador, que llegó un poco atrasado a la fiebre del oro, describe⁹ el romántico aspecto de los restos de ese muro solitario, que vio iluminado por la luz rasante del sol de una tarde del otoño de 1863.

Su rastro se perderá sin más noticias entre el crecimiento acelerado que vivirá la ciudad a partir de la llegada de los primeros inmigrantes alemanes en 1850.

viii La «cerca» de Antonio Duce –cuya última referencia gráfica es un plano de su extremo poniente, dibujado por el ingeniero Manuel Olaguer Feliú después de 1800–, desaparecerá lentamente a lo largo del mismo siglo XIX. Su obra, según sabemos, era de diversas facturas y materialidades: había secciones de piedra, otras de empalizada o terraplenes empalizados; parte de ella cruzaba, transformada en malecón, una entrada del hualve hacia la ciudad.

Fuera del plano de Olaguer, nada más sabremos del gran muro de Duce. Inútil ya su sentido defensivo y no siempre sólida su estructura, creo que terminó por ser simplemente el término posterior o fondo de los solares que fueron adosándose a ella desde el interior, y a la vez el apoyo para una incipiente y paupérrima población de extramuros, apiñada ésta entre el muro y las nieblas del hualve.

⁶ Fajinas: empalizadas de varas no muy gruesas, dispuestas en haces apretados para formar muros de defensa; tepes: terraplenes hechos de piezas de tierra con su cubierta de pastos, montadas unas sobre otras.

⁷ El Guadalauken tiene su fuente primaria en el lago Riñihue, unos 100 km al oriente, en los Andes. En 1575 se produjo un fuerte sismo que bloqueó su desagüe; la fuerza del agua acumulada terminó rompiendo el dique e inundando el valle hasta la misma Valdivia. No fue el único: el terremoto de 1960 produjo el mismo dique por derrumbamiento de las paredes del desagadero del lago; tres meses de trabajo lograron que el inevitable *riñihuazo* fuera esta vez una lenta y casi inocua crecida.

⁸ Por esos mismos años, se abría el Camino Real que comunicaba a Valdivia con la recién reconstruída y cercana Osorno, y con el archipiélago de Chiloé, 250 km al sur.

⁹ Publicó sus memorias, *Andanzas de un Alemán en Chile*, pormenorizada relación de casi 15 años de estadía en el país, siempre en busca de un oro que le fue esquivo.

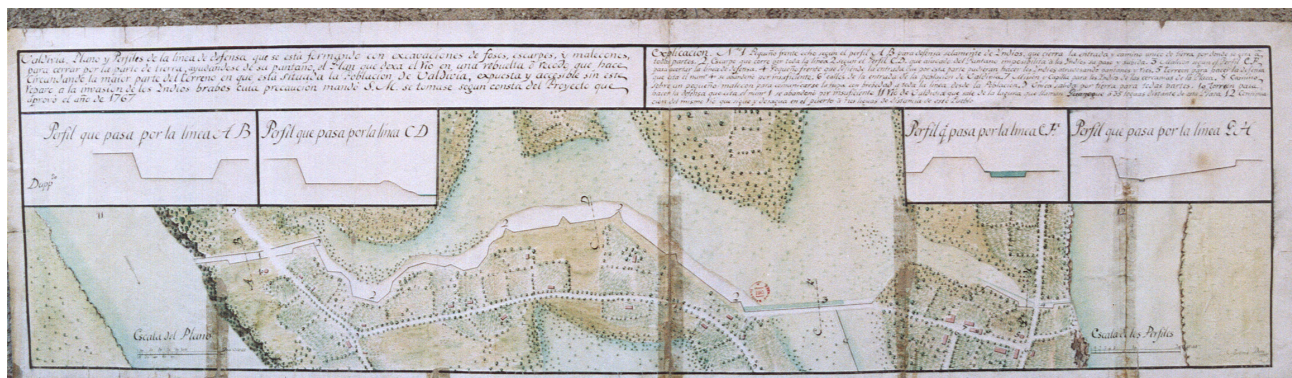


Ilustración: **Estado de Avance de la Muralla de Valdivia** (plano de Antonio Duce, 1780).

Es curioso que hasta hoy el muro de Duce, para la gran mayoría que lo ha oído nombrar y hasta para más de algún arquitecto, pertenezca al movedizo territorio de la leyenda. Lo juzgan un delirio colonial y que los planos, a pesar de lo que dicen explícitamente, no serían sino uno de tantos proyectos nunca realizados, a pesar de su magnitud original y su fuerza modeladora, tan decisiva para la actual figura urbana de Valdivia, a diferencia de aquellos que erigió Vasconcelos, de los cuales nada queda que los recuerde.

Un Muro no tan Invisible

ix Tomé conciencia de la relevancia del muro de Duce cuando, hace unos 4 ó 5 años, tuve la necesidad de revisarlos más acuciosamente; esto ocurrió durante el curso de la escritura del guión museográfico del Castillo. Desde entonces, tuve la certeza de que la abierta curva de la trayectoria de la calle Beauchef correspondía, siquiera aproximadamente, al muro, y que era, por lo mismo, buena prueba de su existencia.

Hasta que un día me encaramé en un caballito que se llama Photoshop e, impulsado por el ocio, me puse a vagabundear entre mis archivos digitales. Fui a parar a los planos de Duce y Vasconcelos, abrí primero un plano actual de la ciudad y sobre él monté los otros dos. Ajusté la escala de estos y luego los roté y alineé de manera que coincidieran los benditos torreones, que Duce afortunadamente había dibujado.

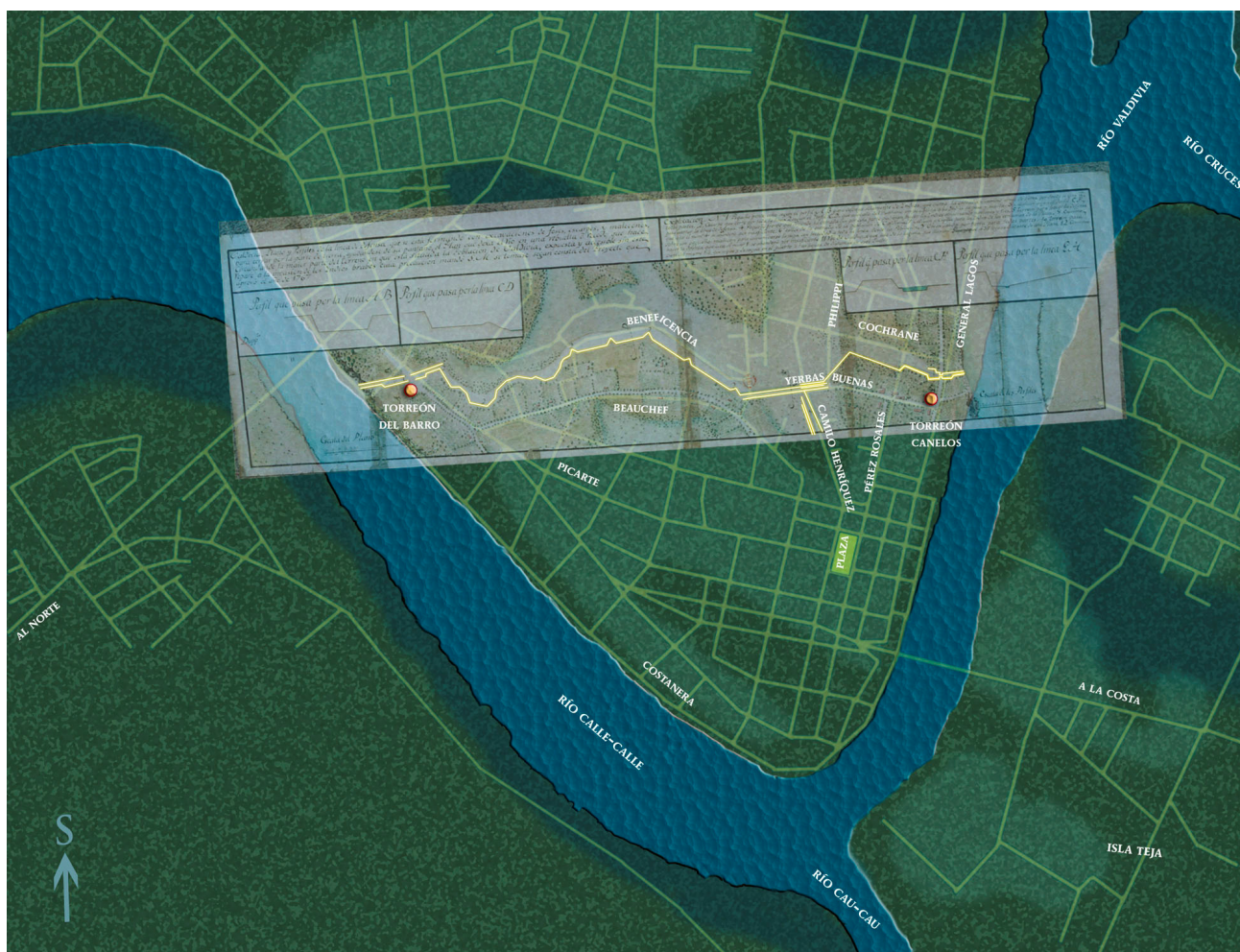


Ilustración: Perfil del Muro de Antonio Duce sobre la planta Actual de Valdivia.

Y entonces ocurrió la maravilla: como puede verse, la muralla de Duce encajó con precisión de notable en el entramado actual, casi punto por punto¹⁰, a excepción de sus porciones extremas, muy alteradas a principios del siglo XX una, y la otra hace no más de 5 años. Del resto, hay calles de hoy que son el evidente resultado de límites entre solares; otras que cruzan lo que fue alguna vez una de las puertas intermedias del muro; otra que se desarrolló aprovechando el malecón en T con que Duce le ahorró 250 m de muro al erario del Virreinato.

Por fin, la curva y quiebres de la callecita Beneficencia (que es como un extraño pueblito incrustado en la ciudad), responde enteramente al giro regularizador del talud del muro en torno al pantano. Este talud, a su vez, es lo que resta físicamente del muro, y persiste al fondo de todas las pequeñas propiedades y casas adosadas a él en un tramo de 150 ó 200 metros.

x Menos físicamente –pero como una fuerza oculta pero potente en la, ahora, un poco menos arbitraria disposición de sus calles–, el muro de Antonio Duce sigue siendo el origen, articulador y

¹⁰ Lo cual, vale decirlo, habla muy bien de la acuciosidad y el celo con que trabajaban los muchos ingenieros que recorrían América, y cuan confiables pueden ser sus planos a pesar de las unidades de medida que utilizaron (varas, toesas, leguas ...).

término del casco central de Valdivia, cuyas vías de circulación, aunque algunos patricios prefieran ignorarlo, siguen obedientemente la figura del río y de los suelos altos, y todavía oyen el silencioso, perentorio mandato del ingeniero.

Valdivia, abril de 2006.